

## UNA LÁGRIMA, POR FAVOR

Me pareció más pesada que ayer. Esto ya no se detiene, me estoy volviendo viejo, pensé cuando se alivianó de repente la puerta vaivén del café, gracias a la ayuda de un joven que salía; amablemente, me cedió el paso. Agradecí con una sonrisa y me sentí más viejo todavía cuando me dijo: Pase abuelo. Me estremecen esos fognazos de realidad anunciando que en cada segundo envejezco. Últimamente, después del infarto, estos pensamientos horadan mi mente, que ya debe ser un gruyere, por más que el neurólogo, indulgente, lo niegue. ¿Me estaré piantando? Tranquilo, Alberto, tranquilo... es otro de tus fantasmas hipocondríacos, ¡a todos nos pasa! Vuelvo a sorprenderme hablando solo, otro signo de mi senectud. Entré y me dirigí a la mesa de siempre, que está en una suerte de recodo más tranquilo, frente a una ventana. Desde ahí se puede ver, al otro lado de la calle, un gimnasio con una gran sala vidriada. Las cintas para caminar están ubicadas como para que cada hámster –así me gusta llamarlos– crea que va hacia algún lugar, pero giran ahí, sin moverse. Pienso que mi vida también es una gran rueda, un engranaje más de algún reloj en el que las manecillas son los brazos de una noria seca.

- ¿Le sirvo lo de siempre Alberto? ¿una furtiva? -Me dijo el mozo, sacándome de la autocompasión. Volvió al rato con una lágrima. Siempre me pareció algo femenino pedir una lágrima, pero la gastritis me cobraba un ardiente peaje cuando tomaba café, así que le decía: Marito, cuando nadie te vea, traeme una lágrima, y nos reíamos un rato cuando aparecía con la bandeja en alto mientras imitaba al gran Caruso cantando “...una furtiva lágrima...”. Mario, el mozo amigo a quien sentía como mi única familia, se había jubilado hacía unos años y nunca más lo vi. Quien lo reemplazó conocía la historia, que ya era un clásico en el anecdotario del café, pero no sabía quién era Donizetti, ni el gran Enrico.

Estaba en esos pensamientos cuando me sobresaltó el estallido de un manojito de llaves al chocar sobre la mesa que estaba a mis espaldas. Me llamó la atención el ruido de la silla, que arrastrada con iracunda brusquedad golpeó contra la mía. Giré la cabeza esperando una disculpa, pero no hubo registro de mi presencia. Pude ver que se sentaban un hombre y una mujer, de unos cincuenta años.

Seguí con mi rutina diaria, es decir, hacer que no se note mi soledad, que solo hago pasar el tiempo. Que parezca que estoy bien y que después de leer los diarios tengo un lugar donde ir, alguien a quien visitar. La llevo bastante bien. A veces la tristeza se asoma, pero le doy un empujón para adentro y así pasan los días. El tedio es, al fin y al cabo, una compañía.

Será por eso que no quise sustraerme de la conversación que me tenía de oyente. Al principio era un murmullo del que no podía recortar palabra alguna. Como si alguien hubiera girado la perilla del volumen, callaron cuando llegó el mozo a tomarles el pedido. Enseguida el sonido de sus voces sobrepasó la barrera del pudor y empecé a escuchar atentamente.

- A ver, ¿por qué me tengo que aguantar a tu hermana? ¿me lo hacés a propósito? -Dijo él, con un tono desagradable, con desprecio.

- Pero Martín, no es para tanto. Sabés que nos es difícil ir al geriátrico a ver a papá, viste cómo se pone de mal. Además, nosotras estamos pendientes una de la otra, como buenas gemelas que somos – Dijo la mujer, con voz calma, intentando apaciguar los ánimos; seguramente ya le conocía esos modales.

- Otra vez con el cuento de las mellicitas, ¡harto me tienen! ¿Quiénes son, las hermanitas de Siam? ¡Bien que podrían laburar en un circo ustedes dos! -Acompañó sus palabras con un fuerte golpe de puño sobre la mesa.

Tal vez el ruido me sobresaltó, o quizás había algo esperando, agazapado, una oportunidad para surgir. El hecho es que terminé arrojado a los tiempos de mi niñez, concretamente a una imagen que no sabía que estaba entre mis recuerdos. Pude ver con claridad el Siam Di Tella celeste, orgullo de mi padre, que se alejaba levantando guadal en la huella a la casa del campo en el que vivíamos. Mi madre iba con él. Yo los corría saludándolos mientras lloraba. Recordé el miedo, la angustia y la rabia que sentí al no poder ir con ellos.

Un vórtice huracanado de recuerdos me rodeó. Nunca volvieron de ese viaje. Alguien me contó, después, lo del accidente. Siguieron mis días con familias ajenas, hasta que tuve edad para hacer mi camino. Me juré entonces que no tendría hijos, no me perdonaría hacerles lo mismo.

Parado en el ojo de esa tormenta, donde paradójicamente reina la calma, pude ver como se desplegaba una película fotográfica; succionado por el viento, el carretel que la contenía empezaba a subir mientras en sus giros mostraba que estaba velada, en blanco, vacía. Entendí que no era amnesia, sino que no había nada que recordar.

Me desplomé, como si hubiera estado flotando, sobre el asiento y la realidad. Junté mis cosas, conmocionado. Sofocando un sollozo me puse de pie. Una furtiva lágrima se deslizó por mi cara y cayó sobre la mesa, junto al pocillo.

Miré hacia atrás buscando a la pareja. Sólo vi al mozo del último turno que acomodaba las sillas sobre la mesa, invitándome a partir.